

SEGUNDO CERNUDA

COPLAS DE UN PERIODISTA

IMP. CASTELLANA.

G 49747

T. 1354826 C. 71875303

A uno de mis mejores amigos
y a uno de los poetas más caste-
llanos de mi tierra, el laureado
escritor Zacarías Glez Medina.
J. Cornuda

COPLAS DE UN PERIODISTA

SEGUNDO CERNUDA

COPLAS DE UN PERIODISTA



VALLADOLID
Imprenta Castellana
Duque de la Victoria, 31

1910



R. 171142

SÉPASE

No me importa. Así soy y siempre he sido,
y así siempre he luchado.
Por dura condición soy el vencido;
aunque soy nada más que el sometido,
jamás el humillado.

No me importa. Ya sé que de ese modo
nada pude ganar, lo perdí todo
y no he de lograr nada,
porque, en cada jornada,
á mi paso se forma algún recodo.

Ni protesto siquiera. No me quejo,
porque el mal es humano y es añejo,
y nadie lo remedia.
Sé que todo es comedia
y que hablar es inútil, y lo dejo.

Todo me importa nada. Convencido
de que todo es corriente,
á los demás por mi rasero mido,
y llevo, aunque vencido,
noble y alta la frente.



PEQUEÑAS TRAICIONES

De la vida íntima

Sí; ¿para qué os disculpais,
si yo, el propio interesado,
esas culpas no he encontrado
de que vosotros hablais?

¿Cometisteis el delito
con propósito consciente?
Pues yo, hablando francamente,
ni lo creo ni lo admito.

Me cuesta mucho trabajo
creer que alguien se convierta
en residuo de la espuerta
ó en miserable pingajo.

No hay hombre que eso haga, no;
y si le hubiera, y le hallára
á mi paso, en plena cara
iría á escupirle yo.

Quien de nobleza blasona
y después, villanamente
obra, de modo consciente,
es una mala persona.

Y el que de amigo hizo alarde
y aprovecha la ocasión
para hacer torpe traición,
es un Judas y un cobarde.

Ni yo hice eso, ni vosotros
jamás lo hicisteis conmigo;

no cabe, de amigo á amigo,
nada de eso entre nosotros.

Los que de otra forma piensen,
ó son nécios roedores,
ó estúpidos habladores,
y que el mordisco dispensen.

Gente á todo preparada,
á quien la discordia alegra,
que tiene el alma muy negra
y la lengua envenenada.

Por todo esto ¿no creéis
que nada debeis decirme,
y que para persuadirme
no es justo que os disculpeis?

Conste mi ardiente protesta;
y permitid que os repita
que *excusatio non petita,*
acusatio manifesta.



LOS ILUSOS

Pretender lo imposible,
siempre me pareció tarea ingrata,
porque es vano el propósito
de hacer que brote de la roca el agua,
que el río tuerza su directo curso
y que gasten peluca las arañas.

Me gusta lo hacedero, lo que á todos,
por ser claro, convence y entusiasmo,
y, aunque jamás he sido pesimista,
dar abrigo á ilusiones no me halaga,
que compagino siempre mis proyectos
con la experiencia que me dió la práctica.

No estorbo á los que sueñan,
porque me inspiran lástima,
y hasta me son simpáticos al modo
que toda chifladura me es simpática,
si hay en ella una idea,
ó alguna aspiración, ó alguna causa
que, por más que no sea respetable,
deba ser respetada.

Con la fé, dicen muchos,
se allana las montañas,
pero la fé que toca á los bolsillos
está ahora tan cambiada,
que ni impulsa una arista
ni el egoismo allana.

Y es inútil pensar en que las cumbres
á las llanuras vayan,

que la orilla del río se convierta
en confortable y arenosa playa,
y que, por fin, como imposible colmo,
crién pelo las ranas.



DISTINGUE, TEÓTIMO

Si fustigas, jamás personalices,
porque tiene ese punto inconvenientes,
y, cuando hables de algunos inconscientes,
evita de tu pluma los deslices.

No por lo que les digas, si les dices
las verdades en términos valientes,
exponiendo á la rábia de esas gentes
tu estimable cabeza ó tus narices.

No es por eso, por lo otro; porque acaso
vayas á conceder beligerancia
á un infeliz ridículo payaso

que no tenga quizá más importancia
que aquella que le otorgan por su cuenta
el tendero de enfrente y la asistenta.



EL GORRION Y EL CUERVO

Fabulilla

Juntos, en cierta ocasión,
se vieron en un sembrado,
un cuervo desconfiado
y un simpático gorrión.

Éste, alegre se mostraba,
y, sin pizca de recelo,
ora levantaba el vuelo,
ora rápido bajaba.

De uno á otro surco seguía
al cuervo, tras él volando,
cerca de él picoteando
y siempre pía que pía.

Algo al cuervo molestó
tan íntima confianza,
y, medio en sério y en chanza,
así al gorrioncillo habló:

—Por lo visto, tú has creído
que no hay diferencia alguna
entre un ave inoportuna
y un pájaro bien nacido.

»Tus confianzas observo
conmigo, y no me parece
que un triste gorrión merece
codearse con un cuervo.

»La ocasión se te presenta,
si la lección no te agrada,

de largarte á otra bandada,
que te traerá mejor cuenta.—

Pero el gorrión, algo pillo,
como es fama en los gorriones,
del cuervo oyó las razones
y exclamó en tono sencillo:

—¡Tu lógica me asombró!
¿No viste como yo visto?
¿no vás tú también provisto
de pico y plumas cual yo?

»¿No es tu vuelo igual al mío?
¿no cruzas tú la espesura,
y te ciernes en la altura
sobre las ondas del río

»y los arroyos serenos,
con vuelo pausado y grave?
Pues ¡oh, cuervo! eres un ave
como yo, ni más ni menos.

—Pero ¿mi categoría
dás, por lo visto, al olvido?

—Todo eso, cuervo querido,
se lo cuentas á tu tía!

»¿Quién ha de envidiar tu canto,
áspero graznido seco,
cuyo triste y vulgar eco
excita más bien al llanto?

»Si soy un día envidioso,
—escucha, cuervo,—ese día,
antes que de tí, tendría
envidia del armonioso

»cántico del ruiseñor
que, en la vecina enramada,
entona dulce balada
de paz, de vida y de amor.

»¿Tu canto qué es? Alarido
que es ajeno á todo encanto,
ruido que para ser canto
necesita arte y sonido.

»¿Cómo, pues, si eres sincero,
no has conocido tu flaco?
Vé cuáles son, pajarraco,
las verdades del barquero.

»Que te sirvan te aconseja,
en tono humilde y sencillo,
un modesto gorriencillo...

(¿Asoma la moraleja?)

~~~~~

## MI PROTESTA

Igualdad y justicia son dos frases  
que traen loca á la gente,  
porque luchan por ellas hace siglos  
igual la aristocracia que la plebe,  
sin obtener jamás un resultado  
práctico y evidente.

¿Dónde está la igualdad, preguntan muchos,  
que de tejas abajo no aparece,  
y dónde la justicia se ha escondido  
que ya no hay quien la encuentre?

¿Es, acaso, igualdad la que pregonan  
los histriones de siempre,  
los que imponen su veto  
al ajeno albedrío, no consciente?

¿Es justicia quizá la que claudica,  
ó se mancha, ó se vende,  
y á la villana intriga de unos cuantos,  
torpe y ciega, obedece?

Pues si eso es igualdad, si eso es justicia,  
si así todos lo entienden,  
y nadie, por temor ó por vergüenza,  
á protestar se atreve,  
que conste mi protesta desde ahora...  
¡y ustedes me dispensen!



## CANAS GLORIOSAS

Déjalos, viejo poeta.  
Alza la túnica y vé  
que, aplastada por tu pié,  
está la envidia sujeta.

Ellos, torpe, indignamente,  
á destruir y á manchar;  
tú, á construir y á elevar,  
noble y majestuosamente.

Ellos, á la encrucijada;  
tú, en el campo, á la pelea;  
tú, la hermosa, propia idea;  
ellos, la idea alquilada.

Tú, severo y taciturno,  
con la fé que en Dios se inspira,  
tañendo la bronca lira,  
calzando el ámplio coturno.

Ellos—¡todos contra tí!—  
lanzándote sus rencillas,  
calzando las zapatillas  
que les bordára *Mimi*.

Tú, la musa fuerte, atlética,  
la del varonil palenque,  
ellos, la ojerosa, enclenque,  
paliducha y esquelética.

...Ódia la estólida masa  
que tus canas no respeta.  
Déjalos, viejo poeta.  
Son la inconsciencia que pasa.

## BAILE DE MÁSCARAS

¿Sola en el palco tú, linda tapada?  
¿A qué te has disfrazado,  
para estar tan callada  
y ser la misteriosa disfrazada  
que siempre en el secreto se ha ocultado?

Te ví el año anterior; te veo ahora;  
te presiento mujer encantadora  
que, burlada quizá, busca, anhelante,  
al marido, al amante,  
algo que se maldice y que se adora.

Tu pasión no es fingida.  
En tu pupila, herida  
por la brillante luz que hay en la sala,  
se vé que no eres mala  
y aún no debes hallarte pervertida.

¿Lo ves? Ya de tus ojos se desprenden  
dos lágrimas, que á mí no me sorprenden  
porque esperaba verlas.  
Esfuézate, mujer, por contenerlas,  
porque ellas te denuncian y te venden.

Si eres quizá la amante desdeñada,  
ó la esposa olvidada,  
házme un sitio á tu lado.  
También la ingratitud me ha maltratado  
y no me importa nada.

He venido á reir... Ríe conmigo.  
De tu risa seré mudo testigo  
y guardaré en el alma tu secreto,  
porque yo te prometo  
ser un leal y generoso amigo.

Quítate la careta. Haz un alarde  
de no ser mojigata ni cobarde;  
porque si crees tú que, á la salida,  
no vas ya envilecida,  
lo has advertido demasiado tarde.

¿Vas á morir con palma?  
¡Ya lloras otra vez! Vamos, ten calma;  
cuando en el baile entraste,  
el pudor á la puerta abandonaste,  
y llevas ya prostituída el alma.

¿A quién has de temer? Nadie te insulta.  
Bajo el negro antifaz que el rostro oculta,  
se vé que no hay rencor en tu mirada.  
Tú aquí has dejado el alma sepultada;  
la vergüenza insepulta.

Dá tregua á tu impaciencia;  
abandona la causa de tu enojo,  
pónle punto final á tu prudencia  
y arroja tu mentida inexperiencia,  
igual que yo la arrojo.

La orquesta se prepara:  
mi voluntad libérrima te ampara;

ya nos une á los dos estrecho lazo,  
agárrate á mi brazo,  
¡y á mal tiempo, chiquilla, buena cara!



## EL MÁS BRUTO

He visto de bravura hacer alarde  
á alguno que al peligro se ha lanzado,  
pero al ver que el peligro se ha acercado  
llegó á palidecer como un cobarde.

Fuego en las venas del intrépido arde  
y grita por luchar, desesperado,  
mas al palenque adonde fué retado  
llegó más de una vez bastante tarde.

El valor no se mide ni se tasa;  
la discreción es una valentía  
si á la temeridad no se propasa,  
y el altanero alarde es cobardía...  
Ó habrá que declarar sinceramente  
que allí donde hay un bruto hay un valiente.



# SANGRE AZUL

*Toda la sangre, hidalgo,  
es colorada. (LAS ZAHURDAS  
DE PLUTÓN.)*

Aristócrata y gandul,  
sinónimos me parecen.  
Los vagos de sangre azul  
mejor trato no merecen.

Aún lleva esa aristocracia  
su sangre azul en las venas,  
y contra la democracia  
sigue forjando cadenas.

Hora es ya de alzar el grito  
contra la privilegiada  
meretríz, que vé un delito  
en mi sangre colorada.

Sangre de glóbulos llena,  
sangre roja, sangre hirviente,  
la sangre de salud plena,  
la sangre brava y caliente.

No la enfermiza, viciada,  
la de orgía desastrosa,  
la clorótica, apagada,  
la ingénita escrofulosa.

Sangre roja es la que inspira  
á la musa castellana,  
y ella enardeció la lira  
de Espronceda y de Quintana.

La sangre azul es la base  
de las razas disolutas  
y es la que formó la clase  
de elevadas prostitutas.

La sangre azul es la escoria  
de una casta infame, aleve,  
y es el borrón de una Historia:  
la del siglo diecinueve.

...Y mi sangre colorada,  
de menestral y artesano,  
es la que en la barricada  
regó el pendón castellano.

Sangre popular que moja  
el baluarte y la plazuela,  
sangre de hombre, sangre roja,  
no sangre de mujierzuela...

Ya Quevedo, en buena ley,  
lo dijo y yo lo recojo:  
«Si es de buena sangre el rey,  
de tan buena lo es el piojo.»



## QUIQUIRIQUI

### Fabulilla

Un pavo real que estaba rodeado  
de unos cuantos polluelos,  
extendía su cola verde y oro,  
erguía, altivo, el azulado cuello,  
y entre ellos paseaba  
con arrogante y orgulloso aspecto.

Los polluelos, un tanto contrariados  
por la actitud del vanidoso necio,  
á guisa de protesta, reuniéronse  
en su centro de acción: el gallinero.

Propuso á la asamblea el más osado,  
entre un quiquiriquí y un aleteo,  
que era muy conveniente  
dar una leccioncita al altanero,  
y él mismo, el orador, quiso encargarse  
de cumplir el acuerdo.

Temblorosa la cresta y preparado  
á esquivar todo riesgo,  
—pues ó tomaba un árbol en su huída,  
ó alcanzaba las bardas dando un vuelo,—  
se acercó al pavo real, que continuaba  
con la cola extendida, ufano y tieso.

Y le habló en esta forma:  
—Tú, que eres tan soberbio,  
y en el corral te pones tantos moños,  
cual si fueses un rey con trono y cetro;

que, al extender la cola, te parece  
todo el mundo pequeño,  
y adoptas con nosotros actitudes  
de jactancia y desprecio,  
dínos, ilustre pavo, ¿es que no sabes  
que, como tú, nosotros merecemos  
que se nos considere  
y se nos guarde el natural respeto?  
¿No sabes más que hincharte?  
¿O es que quizá no tienes otro mérito?

De arriba abajo el pavo real le mira  
al mísero polluelo;  
torna á erguirse con bélica arrogancia,  
majestuoso y sério,  
é interpela, á su vez, al que le increpa,  
diciéndole así, en seco:

—Y tú ¿qué es lo que sabes, pobre bicho?

Contestando á aquel reto,  
se oyó un ¡quiquiriquí! limpio y vibrante,  
y el polluelo exclamó, valiente y fiero,  
dirigiéndose al pavo:

—Yo ya canté lo mío. Echa tú el resto.

Irguióse el pavo real y, enardecido,  
cantó. Pero su canto no fué el eco  
del trino de la alondra,  
ni del sublime arpegio  
que el ruiseñor modula  
en gama de cadencias y gorjeos,  
¡sino el graznido ronco y discordante  
con que se anuncia el cuervo!

¡Menudo fué el escándalo! La broma  
degeneró en estruendo  
infernál, espantable,  
ó, como ahora decimos, truculento.  
Y el pavo real de cola verde y oro  
y de azulado cuello,  
marchóse del corral, todo mohino,  
echado con ruidosos aleteos.

Como este hay muchos pavos  
engreídos, soberbios,  
que pretenden cantar igual que el cisne  
y solamente graznan como el cuervo,  
sin que logren dar nunca ¡oh, pavos reales!  
ni aun el *quiquiriquí* de mi polluelo.



A un amigo mío (que me preguntaba en cierta ocasión cómo cantaban los cisnes).—Entre las especies más principales de cisnes, se halla la del *cisne cantor*, que se distingue de sus congéneres por su voz sonora y bastante armoniosa, pudiendo ser comparada con los sonidos de la trompa y del violín. Además, en sentido figurado, suele compararse con esta ave á los poetas y músicos de nombradía. Así se dice el *Cisne de Mantua* por Virgilio, y el *Cisne de Pésaro* por Rossini.—(Erudición barata, con el diccionario á la vista.)

## LOS ASALARIADOS

Sin doblez y sin engaño,  
vaya mi adhesión sencilla  
á las que fueron antaño  
sabias Cortes de Castilla.

Las que dijeron al rey  
que era el pueblo la cabeza,  
y que jamás fué la grey  
esclava de la realeza.

Las que dijeron, con juicio  
por ningún otro impugnado,  
que el reinar era un oficio,  
y un oficio asalariado.

¡Vive Dios, que va distancia  
de la torpe actual mancilla  
á la valiente arrogancia  
con que antes se habló en Castilla!

Por esta brava razón,  
de enviar me entraron ganas  
mi humilde salutación  
á las Cortes castellanas.

Por eso, con altivez,  
devuelvo el torpe y menguado  
ultraje, á quien una vez  
me tituló asalariado.

¡Asalariado! Y el día  
anterior, precisamente,  
aquel hombre recibía  
el dinero de un cliente.

Cuando la nota firmaba  
y al pié su nombre estampó,  
¿no veía que cobraba  
un salario como yo?

¿No es, como yo, asalariado  
aquél que tasa su obra  
y por lo que ha trabajado  
sueldo, haber ó jornal cobra?

¿Al servir á su clientela,  
no cobra el veterinario,  
y hasta el maestro de escuela  
también, no cobra un salario?

Y todos esos que viven  
del Estado ó la nación,  
¿un salario no perciben?  
¿asalariados no son?

¿No queda, pues, demostrado  
que cometió un disparate  
al llamarme asalariado  
aquel pobre botarate?

¿Ó es deshonroso ganar  
con el sudor de mi frente  
lo que yo pueda alcanzar  
para que coma mi gente?

Pues si tan ignominiosa  
razón á todos abarca,  
casi va á ser poco honrosa  
la asignación del monarca.

¡Pero no! Que ante la ley  
no existe oficio menguado;

que es, como el mío, el del rey  
un oficio asalariado.



## A MI AMIGO JUDAS

Tienes por corazón algo inservible  
que puede ser con tu alma comparado:  
ésta es infame y negra, aquél menguado  
y siempre á la dulzura inaccesible.

Si álguien se te humilló, fuiste terrible  
al demostrar tu imbécil desagrado;  
y, con grosero acento ineducado,  
lograste hacerte odioso, irresistible.

Vencedor, te envaneces; y vencido,  
culebreas tu infamia, miserable,  
para recuperar lo que has perdido.

Mas la opinión, contigo ya implacable,  
no admite que á ella rastreando acudas  
porque no suene el ósculo de Judas.



## LA RAZA, EH?

El estetismo cunde. En todas partes  
imperla el señorito afeminado,  
de andares y ademanes femeniles,  
de cara sin bigote y pelos lácios.  
¿Qué más? En el toreo, que es un arte (?)  
donde la fuerza y el valor aunados  
parece que debieran formar hombres  
de espalda récia y de nervudo brazo,  
de varonil aspecto y continente,  
según ahora se dice, mayestático,  
vemos niños de trenza  
que después de matar seis toros bravos,  
poniéndose delante de los cuernos,  
con enjundias, y agallas, y redaños,  
(¡oh, el léxico taurino archipedeestre!)  
salen del redondel y, disparados,  
marchan á transformarse por completo,  
pues al cabo de un rato,  
prévio un empolvamiento con el cisne  
en caja de cristal bien conservado,  
y un repaso de peine sobre el pelo  
dejándole bruñido como un casco,  
aparte otros detalles  
que omito por no hacer esto más largo,  
se exhiben sonrientes  
en el café, en la calle, en el teatro,  
oliendo á violeta á una distancia  
de veinte ó treinta pasos,

moviendo las caderas de tal modo,  
con andar tan menudo y tan pausado,  
que dan ganas, á veces, de decirle  
á uno de esos pazguatos,  
caricatura imbécil de una raza:  
—¿Acepta usted el brazo?

¿Hay quien niegue, señores, todavía  
que nos regeneramos?



## ASI ES

En la literatura el modernismo  
ha entrado de tal modo,  
que lo atropella todo  
y pretende imponer su transformismo.

Su léxico es tan vário,  
que el lector necesita  
hacer, á cada línea, una visita  
de enojoso rebusco al Diccionario.

La estólida comparsa  
hace de lo que es lógico un delito,  
y juzga que es la sencillez un mito  
y el idioma una farsa.

Tal obsesión me carga y desespera,  
pues lo que de esa forma se estatuye,  
á mi ver constituye  
un plato de ternera... sin ternera.



## A MANOLO

Sé honrado, justo y prudente;  
de fátuo no hagas alarde,  
ni seas, conscientemente,  
con los cobardes, valiente,  
con los valientes, cobarde.

Respeto al juez y al maestro,  
que, ambos, del hogar son nuestro  
escudo, nunca empañado.  
Sé con los hábiles, diestro;  
con los necios, avisado.

Cree en Dios. Ama la Ciencia,  
que es campo donde se forma  
nuestra humana inteligencia.  
Sean tu altar la conciencia  
y el buen criterio tu norma.

Ama á la Patria; defiende  
su bandera, con tesón;  
y estudia, observa y aprende.  
Sé libre, que no se vende  
jamás un buen corazón.

No dés á torcer tu brazo;  
no cáigas nunca en el lazo  
del que en la infamia se oculta,  
¡y si algún pillo te insulta,  
arrímale un estacazo!



# ¡POBRE HORTERA!

## A raíz de la última campaña

Aún se toma su oficio como cosa  
de poco tono, despreciable y baja,  
y aún hay quien les insulta en los sainetes,  
y aún hay quien en la prensa les maltrata,  
como si fuesen de distinta clase  
que aquellos que con burlas les ultrajan,  
ó no perteneciesen, como humanos,  
á nuestra religión y á nuestra raza.  
¡Pobre hortera! Tú sufres las sandeces  
de los que te calumnian y difaman,  
sin devolver injuria por injuria,  
sin mantenerte digno, cara á cara,  
como si tu prudencia no tuviera  
el límite que á todos nos señala  
la propia dignidad que en las personas,  
hortera ó general, golfo ó monarca,  
acentúa del alma las virtudes  
y constituye lo mejor del alma,  
virtudes que atesoran  
las almas nobilísimas y honradas.  
Y he aquí que el hortera,  
el infeliz hortera á quien infaman  
los burócratas vagos, los tunantes  
que pasean al sol y no trabajan,  
los «croupiers» y los pillos,  
y otros, como éstos, respetables randas,

ahora mismo, en presencia de las tristes  
actuales circunstancias,  
dispónese, valiente y decidido,  
á ser un defensor de nuestra patria,  
y se alista en las filas de los bravos  
que se dirigen á Africa,  
mientras otros se quedan tan tranquilos,  
prudentemente en casa.



## Á UN FALDERILLO

Una duda me asalta; sé quien eres  
y lo que significas en el arte;  
aquellos que intentaron elevarte,  
ya dan de tí distintos pareceres.

No quieras engañarnos; si aún lo quieres,  
no echas este consejo á mala parte:  
haz por irte, procura retirarte  
y dedícate á hablar entre mujeres.

Aquí la duda está. Que es muy posible  
que pueda ver en tí el sexo contrario,  
no al hombre de talento extraordinario,  
sino al vate raquíptico y risible  
que, como el lamedor perrillo de aguas,  
se oculta en las blanquísimas enaguas.



## ¡LA COSA ESTÁ QUE ARDE!

La cosa pública está  
tan fea y tan mal se vé,  
que, francamente, no sé  
cómo no ha estallado ya.

Todo es farsa y egoísmo,  
estamos desnivelados,  
y, á pasos agigantados,  
vamos al gran cataclismo.

Reina el caos, la confusión,  
el descoco y la insolencia,  
y hace años que la conciencia  
no paga la habitación.

¿La honradez? Es un pecado  
gordo en el siglo presente.  
¡Como que hay álguien que siente  
vergüenza de ser honrado! (\*)

¿La virtud? ¡Cómo ha de ser,  
si ya en nuestra juventud,  
lo que llamaban virtud  
fué mandado recoger!

El *nosce te ipsum* del templo,  
es trasnochado aforismo.  
¿Quién se conoce á sí mismo,  
y quiénes nos dan ejemplo?

---

(\*) Aunque el toque es algo crítico  
y á álguien puede ser molesto,  
hago constar que con esto  
no aludo á ningún político.

Miente el docto; miente el sabio;  
hoy, torpe, el error impera,  
y aquel que darnos pudiera  
luces claras, plega el labio.

Tan degradados vivimos,  
que nadie, ni por asomos,  
vé un héroe, y ya no somos  
ni sombra de lo que fuimos.

Al que se cáe, en lugar  
de darle la mano, todos  
procuramos, de mil modos,  
que se vuelva á desnucar.

Hay quien se hace el puritano,  
lleno de desinterés,  
aunque resulta después  
que el hombre canta en la mano.

A mí no hay quien me convenza  
de que esto pueda seguir.  
¿Ó es que se vá á proscribir  
el uso de la vergüenza?

Y ya ¿para qué hace falta,  
si su bien es infecundo?  
Para qué, si todo el mundo  
está siempre á la que salta?

La libertad es un mito,  
como es un mito el progreso.  
¡Progreso y libertad! Eso  
no vale hoy en día un pito.

Hasta la patriotería  
de que tanto alarde hacemos,

sólo son falsos extremos  
de cursi pedantería.

No hay creencias, no hay principios,  
no hay gobierno, no hay Estado,  
y... El buen lector, fatigado,  
reniega de tantos rípios.



## EL SIGLO XX

¡Veinte siglos! En ellos ha luchado,  
en sangrientas batallas, mucha gente,  
sin lograr extinguir el prepotente  
influjo del dinero y del pecado.

¡Veinte siglos! Con ellos no ha bastado  
para imponer el yugo al maldiciente,  
que toma á risa, descreidamente,  
lo que llama leyenda del pasado.

Si otra vez á este mundo descendiera  
el que murió en el Gólgota y pensára  
hacer de su piedad nueva bandera

que al hombre para el cielo reintegrára,  
yo afirmo que en el mundo encontraría,  
un Judas sólo no, cien cada día.



# EL ÚLTIMO TRANCE

A mis amigos

No me asusta la muerte. Sé que un día,  
cuando esté más tranquilo,  
llega una pulmonía  
y de mi vida estéril corta el hilo.

Ello ha de suceder; no soy cobarde  
y, resignado, espero;  
pues, más pronto ó más tarde,  
la garra me echará el sepulturero.

Dad por contado que llegó mi muerte,  
final de mis ensueños y delirios,  
y vedme en mi ataud, rígido, inerte,  
entre dos ó tres cirios.

De un más allá penetro en el misterio,  
con la faz paliducha y compungida,  
y muy sério, muy sério,  
me largo de esta vida á la otra vida.

Lo que hay en este mundo lo he sabido  
y algunas desazones me ha costado.  
Pocas veces mi boca ha bendecido;  
muchas ha blasfemado.

Duras y amargas las pasé otras veces,  
aunque, á pesar de todo,  
para ocultar las tristes arideces  
de este mundo ladrón, siempre hallé modo.

Mi cara, de la bilis delatora,  
me ha mantenido, impávida, en mi centro;  
que el hombre, siendo macho, cuando llora,  
debe llorar por dentro.

Por eso afirmo que morir no es grave,  
y que no me intimida,  
mas quisiera saber *á lo que sabe*  
la transición eterna de esta vida.

Me explicaré. Finida la materia,  
—y perdonad el mercantil vocablo,—  
entra la parte seria,  
cargue conmigo Dios ó cargue el diablo.

Mis amigos vendrán, seguramente,  
y, ante el cadáver mudo,  
una mueca doliente  
me otorgarán como único saludo.

(Que vendrán, antes dije, porque espero  
fallecer en mi cama, asaz tranquilo,  
si es que acaso no muero  
en un mísero catre del Asilo.)

¿Qué de ellos oiré? *Ecco il problema.*  
¿Abonarán los gastos de mi entierro,  
ó huirán de la quema  
dejándome allí, solo, como á un perro?

No, no es así. Paréceme que escucho  
una voz que condena tal huída,

y yo, entretanto, lucho  
porque mi faz esté más conmovida.

Es la postrera farsa que ejercito  
en el mundo, y quisiera  
que el diploma me diesen de bendito,  
aunque luego de nada me sirviera.

Ya de acuerdo se ponen:  
el acto, como el muerto, ha de ser llano,  
dicen, y á prepararme se disponen,  
es decir, que me dan la última mano.

Miéntras, en la antesala,  
escucho el paso lento  
de los que entran á verme: alguien exhala  
un suspiro de blando sentimiento.

Estoy casi tentado  
de enviarle las gracias, pero un muerto,  
aunque pase por muerto ineducado,  
debe probar que se halla frío y yerto.

No me parece lógico y prudente  
que, de un golpe, mi crédito sucumba,  
y ya es necio y vulgar dar á la gente  
un susto de ultratumba.

Alguno habla de mí: óigole atento  
por sus frases amenas,  
pues afirma que yo tuve talento  
y hacía alguna vez cosillas buenas.

Otro—¡el eterno crítico!—de aspecto  
enclenque y barbas ralas,  
dice:—Las hizo buenas, en efecto,  
y las hizo también bastante malas.

El achuchón me escuece, muerto y todo,  
pero, poco después, de ello me olvido;  
que de olvidar es justo encuentre el modo  
un muerto bien nacido.

Mi entierro ya disponen: yo supongo  
que arregla mi ataud mano piadosa,  
y á marcharme, muy sério, me dispongo,  
camino de la fosa.

No sé quién, ni me importa, anda estirando  
de este lado hácia el otro mi mortaja,  
y uno, con un martillo, vá clavando  
la tapa de la caja.

El ruido es triste y seco; es como el eco  
del golpear de yunque solitario;  
es así como el canto triste y seco  
de un buho funerario.

Ya el cortejo en la calle, tres ó cuatro  
forman la presidencia,  
y hablando, como se habla en un teatro,  
le sigue á mi ataud la concurrencia.

Poco después aguanto una rociada  
que me recuerda el agua de la noria:

es el hisopo, que me dá la entrada...  
no sé si de la gloria.

A la fosa mi féretro han bajado,  
ceremonia harto breve y bien sencilla:  
sobre mí cae de tierra algún puñado  
¡y alguna peladilla!

La idea me tortura y me anonada  
y me ofrece una duda sospechosa.  
¿Será esa peladilla una pedrada  
ó una ofrenda piadosa?

—¡Que sea lo que quiera!—digo *in mente*,  
y haciendo un gesto de desdén profundo,  
me despido, glacial é indiferente,  
de este cochino mundo.



## EL FONDO DEL TINTERO

Negro es como la traición,  
la ingratitud y la envidia,  
y en él duermen la perfidia,  
la venganza y la pasión.

Por distinto derrotero,  
vemos gentes en la vida  
que el alma tienen hundida  
en el fondo del tintero.



## CORONA DE TALCO

Se envolvió el pobre payaso  
en un manto de oro y raso  
para embaucar á la gente,  
y, en tono humilde y prudente,  
rogó que le abrieran paso.

Al ver la cómica traza  
del payaso, le hizo plaza  
el grupo allí reunido,  
y él, sin turbarse, ha pedido  
que le oyesen con cachaza.

La bufa sinceridad  
del histrión, movió á piedad  
y á la asamblea ganó,  
y el payaso nos habló  
con grotesca seriedad.

En tanto que él declamaba  
y á su frase acentos daba  
de triste y honda ironía,  
el pueblo se divertía  
y el caso á risa tomaba.

Ronco, el payaso gritó,  
mas cuando el pobre intentó  
darse ínfulas de persona,  
su engalanada corona  
de talco al suelo cayó.

\*\*\*

...Por su rostro enharinado  
una lágrima ha rodado,

que acusa con su presencia  
el dolor de la impotencia  
de un pobre bufón silbado.

No se oía un solo ruido;  
sólo el llanto del caído  
escuchábase en la sala,  
é iluminó una bengala  
su rostro descolorido.

Abrumaba aquel momento;  
pues el rostro macilento  
surgió entre los oropeles,  
sonando los cascabeles  
de su gorro amarillento.

Y la gente, desalmada,  
ante la bufa, enyesada  
faz del ridículo histrión,  
hizo su consagración  
al son  
de ruidosa carcajada.



## ...Y ARMAS AL HOMBRO

Todos mis amigos claman  
contra mi inactividad,  
y, como es nuestra amistad  
franca y noble, hasta me llaman  
suicida, imprudente, loco,  
sin fé y sin aspiraciones,  
y ante estas observaciones  
en posición me coloco.

¿Por qué razón no me elevo  
—me dicen—á otras alturas?  
¿por qué continúo á obscuras  
mi camino, y no me atrevo  
á figurar y á obtener  
gloria, provecho y honor?  
Y óigo todo eso, lector,  
como quien oye llover.

¿Y quiénes, en realidad,  
mis méritos enaltecen?  
Pues aquellos que padecen,  
como yo, esa enfermedad.

Amigos siempre modestos,  
de alma noble y elevada,  
cuya amistad acendrada  
se digna otorgarme puestos  
que ellos ocupar debieran,  
si en nuestra patria existiesen  
ministros que honrados fuesen  
y otras nuestras leyes fueran.

¡Pobres amigos! Mostrais  
que me quereis con exceso,  
porque al decirme todo eso  
observo que os engañais.

¿Que yo no tengo ambición?  
¿que en mí es un vicio la calma?  
¡y tengo plétora de alma  
y me ahoga el corazón!

¿Quereis que rinda al pillaje  
párias como á la honradez,  
y á la torpe desnudez  
del vicio la haga homenaje?

¿Quereis que junto al ladrón  
la sed de oro satisfaga,  
y que, entre bribones, haga  
coro á la degradación?

¿Quereis que cáiga y claudique?  
Decidme, ¿qué más quereis?  
¿Quereis eso? ¿pretendeis  
echar mi honradez á pique?

¿Lo haríais vosotros? ¡No;  
que de honrados os preciais!  
Entonces ¿por qué pensais  
que pudiera hacerlo yo?

¿Por qué me tachais de loco  
y hasta dudais de mi fé?  
No teneis razón. Yo sé  
que los resortes que toco

no han de darme un resultado  
favorable y lisonjero,

si no pongo este letrero:

«Aquí sobra un hombre honrado.»

Entonces sí. Cuando sobre,  
yo mismo me admiraré  
de mi fortuna, y seré  
un Rothschild injerto en pobre.

Sí, todos me ensalzarán  
y á mi paso abrirán plaza,  
sin reparar en la traza  
canallesca del rufián.

—¿Vés?—me direis en seguida,  
¿cómo, al fin, has conseguido  
no quedar obscurecido?

Tú ya no eres un suicida,  
ni un loco, ni un imprudente,  
ni un infelíz, ni un esclavo.  
¡Hoy eres, al fin y al cabo,  
una persona decente!

Y si aún la franqueza abunda,  
os diré con sangre fría:

—Todo eso es lo que decía  
Pucheta á Isabel segunda.

## TU MAMÁ Y TÚ

Cuando en el baile te ví,  
sugestiva y atrayente,  
te declaro, francamente,  
que entonces pensaba en tí.

Pero cuando te encontré  
del brazo de aquel anciano,  
—lascivo, torpe y liviano,—  
sólo en tu madre pensé.

\* \* \*

¿Por qué, preguntes quizá,  
yo, que allí solo me hallaba,  
cuando te encontré, pensaba  
en tu bendita mamá?

Tu curiosidad deploro;  
pero tu madre y tú vais  
á decirme si aún pensais  
hablar de vuestro decoro.

~~~~~

CIERTAS ALTURAS...

Don Ventura, hombre de fé
y en ciencias asaz profundo,
deseando ver más mundo
á los Madriles se fué.

¡La Corte! Central resorte
de la nacional rapiña,
fué en todo tiempo una viña
para los pillos la Corte.

La política comparsa
se nutre, voráz, del robo,
y allí es tomado por bobo
el que no sigue la farsa.

La opinión anda en muletas
y la verdad no defiende,
porque dicen que se vende
la opinión por dos pesetas.

Así es que el pobre señor,
—me refiero á don Ventura,—
tembló al ver tanta impostura,
dominándole el terror.

¡Cómo! ¿El lujo y la grandeza
rindiendo al fausto holocáusto,
sin ver que junto á ese fáusto
van el hambre y la pobreza!

¡Cómo! ¿Anda suelto el ladrón
y es con honores tratado,
mientras se lanza al honrado
á la dura emigración?

¡Pobre don Ventura! Un día
vió que de un coche bajaba
un señorón que ostentaba
seis cruces de gran valía
entre otros varios colgajos,
una banda, dos cordones,
otras muchas distinciones
y una porción de cintajos.

¿Quién era, se preguntó,
persona tan principal?
¡Aquel era un concejal
que en su pueblo conoció!

Y así exclamó don Ventura,
confuso y emocionado:
—¡Cuánto se habrá rebajado
para llegar á esa altura!



¡PROTESTO!

PEPAS Y PEPES

.
¿Que no eres Pepe? Lo sé;
mas te incluyo aquí, y me fundo
en que ya vés que *Segundo*
es parecido á *José*.

(**José Rodao**)

Querido Pepe: He esperado
que transcurran unos días
para protestar, airado,
contra tus embusterías.

Compararme á San José
es cosa que no merezco,
y si entiendes que eso fué
un honor, no lo agradezco.

No porque sufra quebranto
mi integridad, ni otra cosa,
sino porque es algún tanto
mordáz é irrespetuosa

esa tremenda diablura
que á colocar te obligó,
junto á un santo de esa altura,
á un mísero como yo.

El *José* me desespera
y no quiero hacer el bú,
porque, de serlo, quisiera
ser un José como tú,

y, como tú, popular
escritor de nombradía,

no un periodista vulgar
de fama que dura un día
y marcha tras el cocido,
—¡el resúmen de la gloria!—
semejante al que ha emprendido
criminal escapatoria.

No, no es por eso, *es por lo otro*,
por lo que sabes y sé.

Me has colocado en un potro
con decir que soy *José*,

y si no temiera, Pepe,
promoverte en casa un lío,
créeme, te armaba un trepe
de padre y muy señor mío.

Conque, como aún no he llegado
cierta *aureola* á alcanzar,
quiero, por lo más sagrado,
que hagas por rectificar,
poniendo de manifiesto
tu intención, pues bien se vé
que quiero ocupar mi puesto,
y dá el suyo á San José.

De paz á mi pecho inunda
con tu talento fecundo;
haz, pues, que la calma cunda,
y cuando hables *con Segundo*,
¡por Dios! no hables *con segunda*.

* * *

(Mediante la consabida
súplica, que repetida
tantas veces he dejado,
Rodao contestó en seguida...
¡Como que aún no ha contestado!)

~~~~~

## UN MAL SONETO

Porque sé que es difícil un soneto,  
no he querido escribir uno siquiera,  
y como no le haría, aunque quisiera,  
á hacer uno jamás me comprometo.

A escribir redondillas me concreto  
porque están al alcance de cualquiera,  
y son versos que escribo á mi manera,  
sin que nunca me pongan en aprieto.

Pero hacer un soneto es otra cosa:  
además de escoger un buen asunto  
que tenga condiciones y esté en punto,  
la tarea es muy seria y laboriosa,  
porque para escribirle toesco y frío,  
como otros muchos, pues aquí está el mío.

~~~~~



AMAR Á DIOS Y...

Semblanza

Al verle así, tan contrito,
tan místico y pudibundo,
le supone todo el mundo
un bendito.

Alejado del barullo,
que es de la honradez escollo,
detesta el ágio, el embrollo
y el chanchullo.

Lícitas sus expansiones,
tiene por las más amenas
los rosarios, y novenas,
y sermones.

No le atraen las locuras
y desdeña las lisonjas,
y es amigo de las monjas
y los curas.

Así, pues, ¿quién creería
su fama mal cimentada,
yendo siempre en tan honrada
compañía?

Y ahí tiene usted. Yo me río
de lo que dice la gente,
porque ese hombre tan decente
es un tío.

Fuera de casa no pasa
los límites de lo justo,
y se despacha á su gusto
en su casa,

Dependientes y criados
no aguantan sus malos modos,
y él los considera á todos
degradados.

Y es cierto. ¿Hay degradación
mayor que la de vivir
junto á un bandido y servir
á un ladrón?

De la religión esclavo,
sus máximas no ha aprendido,
y nunca dió á un impedido
ni un ochavo.

Pero como presidente
de algunas sacramentales,
paga cuatrocientos reales
mensualmente.

Con lo cual, al fin, compensa
lo que los pobres reclaman,
y hombre espléndido le llaman
en la prensa.

Pues aunque con gran exceso
presta á crecido interés,
nada implica eso, nada es,
¿quién ve eso?

.

Nadie quiere ser su amigo,
pues pillos como él no hay dos,
porque eso es amar á Dios...
y lo demás que no digo.



BURBUJAS

Ser y no ser podrá ser
una honda filosofía,
pero el que ha sido un tunante,
lo será toda su vida.

A la puerta de un palacio
ví á la Justicia y la dije:
—¿Sales porque te has vendido,
ó entras porque te vendiste?

¡Maldita ley la que forja
para el hombre las cadenas!
¡maldita ley la que labra
los hierros de la conciencia!

Buscar la fé en estos tiempos
es un empeño inaudito.
¿Busca álguien monedas de oro
en la choza del mendigo?

¿Vas con sombrero al teatro
y tu madre friega en casa?
Cásate pronto, si puedes,
que hay horas muy desgraciadas.

Porque la infelíz cayó,
te burlaste y te reiste.
Ten cuidado. A ver si un día
de tí las demás se ríen.

Pedí apoyo á la justicia
de mi país, y fué en balde.
¡Un alguacil me dió un palo
y un juez me envió á la cárcel!

Sé de algunos que años hace
están afilando el hacha
para blandirla á dos manos
el día de la venganza.

Estais con esas melenas
dando tan triste espectáculo,
que hasta las mismas mujeres,
cuando os ven, escupen de asco.

Juan dijo al ver la Justicia
sobre un alto pedestal:
— Cuando tan alta te ponen,
¿quién vá á poderte alcanzar?

Al verte ayer en la iglesia,
rezando con gran fervor,
dije:—Tú engañas á muchos,
pero no engañas á Dios.

Un testamentario roba
y nadie con él se mete:
sale un ladrón al camino
y los civiles le prenden.

Con un perito calígrafo
y un juzgador sin conciencia,
jamás ganarás un pleito,
aunque tengas tú las pruebas.

Cuando doy alguna vez
la mano á un juez, me pregunto:
—¿Habré quizás estrechado
la mano de algún verdugo?

Le dí la mano, y le ví
al traidor palidecer.
Porque claudicó me dió asco;
escupí y le perdoné.

El adulterio es delito
si la mujer le comete.
Si el hombre delinque, entonces
¡nos reimos de las leyes!

Es un hombre distinguido
y de modales correctos.
...Eche usted un duro al aire
junto á él, y no cáe al suelo.

Golpes de pecho se dá
y bonos por ahí reparte.
Ese llega á contratista
del hospicio y de la cárcel.

A vindicar mi honradez
un día al juzgado fuí,
¡y reía á carcajadas
el tuno del alguacil!

Llevo treinta años de lucha,
como un negro trabajando,
y aún no he podido romper
la esclavitud del garbanzo.

Pero, señor, ¿de qué viven
muchos que por ahí pasean?
Trabajo yo día y noche
¡y no tengo dos pesetas!

MESA REVUELTA

El hombre es el mosquito,
la mujer es la araña.
El mosquito se arrima y la pérfida
le corta las alas.

Habla de moral y fé,
y, á pesar de eso, yo sé
que en la usura se envilece.
...Este santo ¿qué merece?
Un grillete en cada pié.

Mucho acto de contrición,
seco y negro el corazón
y aspecto de arrepentido.
...Embalaje del bandido
con la marca del ladrón.

Si hablas con sinceridad
del honor y la amistad,
se te ríe de antemano
medio pueblo soberano
...y luego la otra mitad.

Habla de lo infinito y lo finito,
de dogmas y doctrinas,
dáte ínfulas de sabio y erudito,
eructa dos ó tres citas latinas
¡y dejas á cualquiera tamañito!

Vá el mundo siempre adelante,
y el mundo es grande por eso,
pues camina hácia el progreso
con alientos de gigante.

Y ahí está, para el iluso
que el caso no tome en serio,
el látigo del imperio
que azota el rostro del ruso.

Dicen que ahora no hay santas, por lo visto,
á causa de no haber mujeres buenas.
No es cierto: si otra vez viniese Cristo,
tendría aquí un montón de Magdalenas.

¡Qué hermosa filosofía
la del que todo la fía
al tiempo y á la almohada,
y sin hacer nunca nada
se pasa día tras día!

A mí me hace la barba mi barbero,
sin perjuicio de hacérmela el casero.

La nieve tiene encantos naturales
para vista detrás de los cristales.

Hay mujer que, invitada al matrimonio,
dice al novio, con énfasis:—Espera.
Quédase luego la infeliz soltera
y pasa la vejez dada al demonio.
No seáis tontas, chiquillas de mi vida,
y si álguien al casorio os invitase,
antes que vuestra juventud se pase
¡arreglad los papeles en seguida!

Diga usted, ¿ha delinquido
la mujer que al baile ha ido,
y ha bebido y ha bailado,
y después ha regresado
á casa con su marido?

La que es guapa, y lo sabe, y lo dá al viento,
no tiene ni prudencia ni talento.

La caridad que sólo está en los labios,
en vez de beneficios, causa agravios.

Antes había quien creyera en todo,
sin discusión violenta ni exaltada,
y hoy hemos encontrado fácil modo
de hacer moda especial no creer en nada.

Tu empeño en estrenar ya se ha logrado,
y, por cierto, con éxito brillante.
Ya no podrás decir en adelante
que no te han estrenado.

Tu pequeño pié admiré,
y ante tu novio exclamé,
tal como aquí lo publico:
—En el matrimonio, chico,
entras con bonito pié.

No juzgues á los otros por tí mismo
y no hagas pedestal de tu egoísmo,
que, en muchas ocasiones,
pueden ser tus razones
producto de incurable cretinismo.

Si es pecado tomar lo que no es nuestro,
hay que huir del pecado endemoniado.

Ya lo dijo el maestro:
—Teótimo, no tomes, que es pecado.

De amor santo en un acceso,
Adan á Eva pidió un beso
y dárselo fué preciso.
Pero ¿se hizo el Paraíso
para eso?

DOS FASES

El primer número

¡Ya le salió al chiquillo el primer diente!
Se nos ha entrado en casa la alegría
al ver que al nene un diente le salía
y que se muestra el chico sonriente.

Como tuvo un periodo en que la gente
supuso que el chiquillo no saldría,
de ahí, pues, que despertó más simpatía
por el diente que echaba, á uso corriente.

Algo enclenque nació y algo enfermizo;
aunque, tomando la emulsión, acaso
pueda que se conjure el torpe hechizo

del que augura que el nene es un fracaso,
sino es que, entre una idea y otra idea,
revienta el infeliz de una diarrea.

Fin de un semanario

En caña hueca se trocó la maza
que un día pareciera tan pujante,
y con la cual—la voz récia y tonante,—
hiciste, nuevo Cid, fiera amenaza.

Todos á tu conjuro abrieron plaza,
dándote fama y nombre de gigante;
ninguno osó ponérsete delante,
y para hacer el bú te díste traza.

Cuanto te alzaste un día, lo has bajado
de un golpe, de un tirón, á un solo impulso
con el casco hecho trizas y abollado,

rota la frente, histérico y convulso,
hundiendo tus soberbias en el polvo...
Dios te acoja en su seno. *Ego te absolvo.*

~~~~~

## REBELDIA

No os asustéis, timoratos,  
que la dais de pudibundos,  
encubriendo la conciencia  
bajo el sayal del verdugo,  
lienzo que os tapa la carne,  
pero que os muestra al desnudo;  
no os asustéis, potentados,  
que explotáis con medro impuro  
honras y vidas sujetas  
al lazo de infame yugo,  
lazo que será algún día  
de vuestras gargantas nudo;  
no os asustéis, fariseos,  
de traje aún menos obscuro  
que vuestros actos infames,  
que haceis de un mito un escudo  
para atrofiar los cerebros  
y entenebrece el mundo;  
no os asustéis, aguerridos  
héroes de genio adusto,  
los que desde los palacios  
ganais batallas y triunfos,  
haciendo de nuestros hijos  
pedestal de vuestro orgullo,  
sin ver que hay madres que lloran  
presa de amargura y luto;  
no os asustéis, los que nunca  
protestáis creyendo justo

cuanto sanciona el canalla,  
cuanto el infame propuso,  
cuanto decreta el bandido,  
cuanto manipula el tuno,  
cuanto legisla y sanciona  
el presidiab!e licurgo...  
¡No, no os asustéis, bribones,  
no, no os asustéis ninguno  
si oís cantar al poeta,  
con eco altivo y robusto,  
el exterminio de todo  
cuanto cree el fuerte suyo,  
siendo, á la vez, para el pobre  
hambre, humillación, insulto;  
no, no os asustéis, si oyéseis  
tañer con seguro pulso  
la lira de la hecatombe  
y cantar en tonos rudos  
la rebeldía sagrada;  
no, no os asustéis ninguno  
si oís la voz del esclavo,  
harto de tanto infortunio,  
harto de tanta miseria,  
que grita á la faz del mundo,  
*¡que llueva pólvora un año  
y fuego cinco minutos!*



## DE VERBENA

¿Que á nada te expones  
yendo de verbena,  
porque eres honrada,  
porque eres honesta,  
y contra tus dotes  
de virtud sin mella  
nada pudo nunca  
la maledicencia?  
Óigo há muchos años  
igual cantinela  
á otras agraciadas,  
sencillas doncellas,  
como tú virtuosas  
y como tú buenas,  
y como tú guapas,  
y como tú bellas,  
que, como tú, un día  
fueron de verbena,  
y que regresaron  
muy poco contentas,  
trayendo en su cara  
triste y honda huella  
de ese mal de amores  
que el alma envenena.  
Véte, pues, y cuida,  
ya que eres honesta,  
ya que eres honrada,  
de que tú no vuelvas

como algunas vuelven,  
locas de tristeza,  
locas de amargura,  
de terrible pena,  
que es grave peligro  
para una doncella  
de tan elevadas  
y admirables prendas,  
divertirse en una  
noche de verbena.



## LA HUIDA

Sobre las verdes y pulidas hojas  
de magnífica adelfa,  
cayó del árbol próximo un gusano  
y la noche pasó dormido entre ellas.

Mas al día siguiente,  
la flor amenazó con sus protestas  
al descarado intruso,  
y en su ayuda llamó á sus compañeras.

El rumor de las flores se acentuaba,  
como en son de pelea,  
sin que el vil gusanillo  
en su actitud indigna transigiera.

—¿Por qué, dí, profanaste  
el casto seno de la flor más bella?—  
decíale, alterada,  
una gentil camelia.

A lo cual, el insecto, temeroso  
de alguna acometida violenta,  
contestó humildemente:

—Ya me voy, que no vine en son de guerra.  
Y arrastrando su cuerpo contrahecho,  
abandonó la adelfa,  
no sin dejar entre las verdes hojas  
de su baba la huella.

Tal la calumnia es. Por donde pasa  
deja algo del veneno de su lengua,  
y, como el vil gusano, huye cobarde  
por no afrontar la merecida pena.

# LA BANDERA DE MI PATRIA

Al capitán Yaque

¡Salud, enseña gloriosa!  
¡salud, bendita bandera,  
á la cual consagro entera  
la fé de mi corazón;  
que en tí aprendí, cuando niño,  
que el alma eres de la Historia,  
timbre de prez y de gloria  
de nuestra amada nación!

Mi padre me enseñó á amarte,  
pues llegó á alcanzar la suerte  
honrosa de defenderte  
en el campo marroquí,  
cuando, en la anterior campaña,  
á Juan Prim y Ros de Olano  
el soldado castellano  
seguía con frenesí.

Frenesí ardiente y bravío  
que al valor el alma enlaza,  
como gérmen de una raza  
que en cien batallas venció;  
frenesí loco y sublime,  
que en patriótica locura  
ensalza con su bravura  
los laureles que ganó.

Cuando te admiro, gallarda,  
mostrándonos tus tesoros  
á los acordes sonoros  
de la banda militar,  
respetuoso me descubro,  
y, á la voz del patriotismo  
obedeciendo, allí mismo  
te querría yo aclamar.

Tus tesoros son la sangre  
que ostentas, de trecho en trecho,  
del noble y bizarro pecho  
del que junto á tí murió,  
y que al caer por la infamia  
del traidor moro salvaje,  
dió un ósculo á tu ropaje  
y en tus pliegues se envolvió.

Tesoros que, en tí estampados,  
son como triunfos de gloria,  
la más grande ejecutoria  
que un pueblo puede tener;  
por eso, cuando te admiro,  
en tí me quedo extasiado  
y me acuerdo del soldado  
que te supo defender.

Por eso, cuando te veo,  
admirando tus tesoros  
á los acordes sonoros  
de la banda militar,



mi único afán es rendirte  
el tributo merecido,  
y nunca, jamás me olvido  
de que te he de saludar.

Que así me dijo mi padre:  
—Honra es en tí defenderla,  
y deber tuyo es quererla  
como á Dios, óyelo bien,  
porque queriéndola así,  
que es lo único que te exijo,  
no solo á Dios quieres, hijo,  
sino á la Patria también.



# LAS MODISTAS DE MI TIERRA

19 de marzo

La *vela* ha terminado.  
Calles y plazas  
lo pregonan á gritos  
con vuestra charla,  
charla de alegres voces  
y carcajadas,  
frescas como las rosas  
de vuestras caras.

Cuando cruzais la calle,  
lindas paisanãs,  
sonrientes, graciosas  
y vivarachas,  
con garbo recogida  
la airosa falda  
y enseñando un poquito  
la limpia enagua,  
ondulante, ruidosa  
y almidonada,  
llueven los chicoleos  
de los que aguardan  
á que paseis vosotras,  
alegres, guapas,  
á raudales vertiendo  
toda la gracia  
de los ojos serranos  
de vuestras caras.

Yo os saludo, chiquillas,  
que sois el alma  
de la alegría hermosa,  
robusta y sana,  
que el espíritu anima  
y el pecho ensancha;  
y teneis en los labios,  
color de grana,  
sencillas frases de hembras  
enamoradas,  
aroma de claveles,  
olor de albahaca;  
color, olor y aroma  
que hacen más grata  
la loca travesura  
de vuestras caras.

Yo os saludo, chiquillas,  
por resaladas,  
por lo airosas y alegres,  
por lo gitanas,  
porque sois lo que anima  
calles y plazas,  
porque alegráis á todos  
con vuestra charla,  
charla de alegres voces  
y carcajadas,  
frescas como las rosas  
de vuestras caras.



## EN LA ROMERIA <sup>(\*)</sup>

—Échame el porrón y escucha.

—¿Hay ya discurso?

—Hay lo que háiga.

Porque al respetive de eso  
que tú manifiestas ¡miálas!  
este cura no ha creído  
ni tanto así de lo que hablas.

—¡Pero, Melitón, miá que eres  
de lo que no hay en el mapa!  
Madríz es un pueblo grande,  
pero nada más.

—Tú ganas  
y te apuntas quince.

—Bueno.

Pos ahora dí las gansadas  
que te broten de la bola,  
que voy á oírte. Y alarga  
el porrón, si te parece,  
porque cuando tú le agarras,  
tiritita.

—¿Has terminao?

—Sí.

—Pos... vá por tí.

—Muchas gracias

—Siento decirte que tú  
de Madríz no sabes nada,  
porque decir que es un pueblo,  
es como aquel que compara

---

<sup>\*)</sup> A raíz del atentado de Morral. ¡Y ya ha llovido!

á un concejal del destrito  
con un jarro de dos asas.  
Todo eso dá la medida  
de lo que por ahí se grazna  
quitando hierro y conduta  
á la capital de España.

—*¿Es ustez su...*

—Soy ¡*contrarios!*

pa tomar en ensalada.

Además, que tú ya sabes  
que Madríz tiene la fama  
de las mujeres morenas,  
con los pies como avellanas,  
con unos cuerpos chiquitos,  
y unas redondeces que hablan,  
y unos ojos que hacen lumbre...

—Pero ¡sino se trataba  
de esas cosas! Yo te he dicho  
todo aquello, por que basta  
que tú y otros sos pongais  
tontos, pa que yo no vaya  
á daros tan de rositas  
la razón. Ni más ni mangas.  
Porque en eso de las hembras,  
estoy conteste. ¡Palabra!  
¡Chiss!... espera que concluya.  
Lo que la prensa relata  
del Morral es porque allí,  
como aquí, la vigilancia  
se encuentra en paños menores,  
una cosa que dá lástima.

—Pero, tú, ¿qué hubieras hecho?  
—¿Quién, yo? ¡Vamos, cuasi nada!  
Lo primero, trincar pronto  
á todos los curdas que hablan  
de anarquía, como si eso  
se comiese con cuchara.  
Vigilar en los andenes,  
y al que hablase con voz áspera,  
ú oliese mal á admisiones  
ú á materia arancelaria,  
meterle un mes en la cárcel  
pa que allí se ventilára.  
Y á mí no me se introduce  
de ese modo ¡ni una rata!  
—Pero ¿y el comercio libre?  
¿y las libertades?

—¡Magras!

Contra los perros rabiosos  
no hay más que el tiro ó la estaca.  
Y el que diga lo contrario  
es un gallina y un mándria  
que no vale dos pepinos,  
ni merece siquiá el agua  
que dieron pa bautizarle.  
El tío que tiene agallas  
se vá al hombre que le estorba,  
le apostrofa cara á cara,  
y con redaños y enjundias  
al otro barrio le manda.  
Pero el que es un traicionero  
y solo *porque sí* mata,

¡ese y todos los granujas  
que esa porquería aplaudan  
merecen, como los tigres,  
que todos les demos caza  
y que les exterminemos  
sin compasión y sin lástima!  
¡Al honrao se le saluda,  
y se le escupe al canalla!  
¡Al que es bueno se le alienta,  
y al chacal se le acorrالا!  
—¡Gachó, que eres un sujeto  
de lo que no se encorامبرا!  
De esa manera, no existen  
la libertaz de la cátedra,  
la libertaz de la prensa,  
la libertaz de palabra,  
ni la libertaz del sóplen,  
que es quizaque la más santa.  
Toma el porrón y humedece  
el gañote.

—¿Qué adelantas  
con estropear á ocho  
ú diez? Ni una palotada.  
¿Es que has hecho pa tus hijos  
una cosa dizna y práztica,  
ú algo que á la humanidaz  
la saque de su iznorancia?  
Yo he estao treinta años hablando  
en mitines y algaradas,  
y he visto, Melitón, mucho,  
porque aquí el que se arremanga...

—No es lo mismo.

—Ahora te apuntas  
aquellas quince de marras.

¿Que no es lo mismo? Ya veo,  
querido amigo del alma,  
que eres un morral en toda  
la extensión de la palabra.

—¡No insultes, Ugenio!

—¡Claro!

—Es que en estas circunstancias,  
llamarme eso á mí, es lo mismo  
que darme una bofetada;  
que antes morral no era ultraje,  
pero ahora es toda una infamia.

—¡Chupa del porrón! Razonas  
como una persona honrada.

Lo de morral lo retiro;  
¿te sastiface?

—Me basta.

—Ya ves lo que yo he ganao  
desde que me dedicaba  
á decir cosas al pueblo.  
En cambio, los que llegaban  
de cualquier sitio, con bimba,  
aunque cuasi en alpargatas,  
y comiendo carne de esa  
que llamais aquí de falda,  
en cuanto decían algo  
de la vulgar cataplasma  
con que se curan los males  
del estómago y la patria,

subían como la espuma,  
á las nubes se elevaban,  
y, ya en lo alto, se reían  
de las multitudes sándias.  
Esos, los que hablan de pico  
y en todos los sitios charlan  
de diznidad y pogreso,  
de las conciencias con asma,  
del criterio con tomate  
y del café con tostada,  
son los que tienen la culpa  
de que el pueblo siga en bábia  
y esté esperando... sentado  
el lindísimo pograma  
con que unos cuantos tunantes  
le quieren dar la castaña.  
Van á gusto en el machito,  
y sin reparar en máulas  
embuchan en sus carteras  
lo que á los demás estafan.  
¡Ellos al chúpen! Nosotros  
á la eme ¡y cáiga el que cáiga!  
Alarga el porrón y vamos  
á la pradera.

—¿No pagas?

—Paga tú hoy, porque el mollate  
me ha puesto triste y con náuseas.



## EL QUE QUIERA PECES...

**A mi amigo Briones**

Con retraso he recibido  
tu carta, amigo querido,  
que ahora voy á contestar,  
pues tanto me hizo gozar  
su sabroso contenido.

Tú en los refranes confías,  
y, contra mis correrías,  
así en tu carta me hablabas:  
«si mal andas, mal acabas.»  
Vamos, cuatro tonterías.

Como acertada opinión  
que cierra una discusión,  
tú oirías muchas veces  
eso de «el que quiera peces...»  
dicho con cierta intención.

Yo, condensando mi afán  
en sencillísimo plan  
de factible resultado,  
de buena fé me he mojado  
lo que sigue del refrán,

En la batalla insistí,  
y como no conseguí  
ningún fruto en la jornada,  
aún con la ropa mojada  
tiritando me vestí.

Hay quien me dice que aliente  
y pasar el río intente

con audacia y sin cuidado,  
y, una vez que lo he intentado,  
oí silbar á la gente.

Hice en el vado hincapié,  
á nado el puente gané  
con alma fuerte y serena,  
y, al fijar el pie en la arena,  
sentí miedo y vacilé.

Quise avanzar, mas en vano  
fué el esfuerzo sobrehumano  
de mi brazo dolorido,  
que en balde lucha el caído  
sino hay quien le dé la mano.

Con la corriente luché,  
hasta que al fin tropecé  
en ancha y musgosa piedra,  
y, como al olmo la hiedra,  
á la piedra me agarré.

Labor humilde y sencilla.  
Allá, en lontananza, brilla  
un rayo crepuscular,  
y, en sombras, he de llegar  
sin bríos á la otra orilla.

—  
En vano luché, Briones;  
no me han valido razones  
yendo de la suerte en pos,  
que es como el que tiene tos  
y dá á *Bombita* expresiones.



## LOS SISTEMÁTICOS

—¡Hola, amigo don Pascual!

—¡Hola, amigo don Senén!

—¿Cómo vá ese valor?

—Bien,

y ¿cómo va el suyo?

—Mal.

Esta maldita cojera  
me hace andar medio encogido.

—A mí me tiene aburrido  
esta maldita sordera.

—Yo estoy hecho una camama.

—Pues yo estoy hecho un fideo.

—¡La edad, amigo! Yo creo  
que la fosa nos reclama.

—No diga usted esas cosas,  
¡redemonio!

—¡Ave María!

¿Acaso usted todavía  
se baña en agna de rosas?

Yo tengo más de setenta,  
y usted tendrá, y se lo pruebo...

—No lo sé; yo nunca llevo  
de mi edad exacta cuenta.

Conque ¡vaya un temporal  
tan malo!

—A mí me está bien.

—Sentémonos, don Senén.

—Sentémonos, don Pascual.

—Conque ¿vá usted á ser jurado?

—Hombre, sí, y me causa grima  
echarle el Código encima  
á un pobre desventurado,  
sin saber, en conclusión,  
que eso en mí es caso frecuente,  
si razona el presidente,  
ó el reo lleva razón;  
pues aunque ajusto á conciencia  
mi veredicto, yo creo  
que al dar la razón á un reo,  
molesto á la presidencia,  
tanto, que por no ofender  
una vez á un magistrado,  
mandé á presidio á un ahijado  
de mi primera mujer.  
—Y todo por diez pesetas.  
—Cá, no señor, si el pillete  
hirió en una riña á siete!  
—¡Yo me refiero á las dietas!  
—¡Ah, sí! En esa cantidad  
tasan los legisladores  
nuestro afán, nuestros sudores  
y hasta nuestra seriedad.  
Porque á veces se dan casos  
en que el decoro pelagra.  
—¡El Jurado nos denigra!  
Y esos son errores crasos  
de estos tiempos liberales.  
Yo, cuando voy de jurado,  
vuelvo á casa contrariado.

—Pero los cuarenta reales...

—Eso es lo que me suaviza,  
porque yo por diez pesetas  
doy treinta y dos volteretas  
y aguanto hasta una paliza.

—Por ahí nos echan en cara  
que cobremos eso, dado  
nuestro rencor al Jurado.

—Y nos llaman gente avara.  
Cierto es que no ví tranquilo  
que un don nadie, un labrador,  
las dietas diese en favor  
de los pobres del Asilo.

—Un alarde.

—Una locura.

—Una vana presunción.

—Ó un lujo de exhibición.

—¡Chifladura!

—¡Chifladura!

\*\*\*

En paz y en gracia de Dios  
entrambos se despidieron,  
y á los tres días se vieron  
en un juicio oral los dos.  
Ambos iban de jurados;  
y, dictada la sentencia,  
marcháronse de la Audiencia  
afligidos y apenados.

—¡Castigo!

—¡Profanación!

—¡Fuego del cielo!

—¡Impiedad!

—¡Sacrilegio!

—¡Liviandad!

—¡Anatema!

—¡Excomuni6n!

—Un hombre así, libertado,  
con escándalo en un templo!

—Fíese usted del ejemplo  
que dá en España el Jurado!

—Tiempo como el que pasó,  
ya no vendrá.

—Ya no hay fé.

—¡Qué horror!... ¿Ha cobrado usted?

—¡Qué infamia!... Y usted ¿cobró?

—Yo sí, he cobrado las dietas.

Sería una estupidez.

¡Son diez pesetas!

—¡Son diez!

Aquí están las diez pesetas.

—¡Pues es claro, don Pascual!

—¡Pues es claro, don Senén!

—¿Qué le parece á usted?

—¡Bien!

Y ¿á usted?

—Pues que no está mal.

Y uno alegre, otro tranquilo,  
se fueron sin saludarse,

y, es claro, sin acordarse  
de los pobres del Asilo.

---

¿La moraleja? No la hay,  
ni el cuento á ninguno aplico.  
Yo hago versos, los publico,  
los leen ó no ¡y velay!

## LA GENTE DE MI BARRIO

### En la taberna

—¡Anda Dios, vaya un ojo que te traes!...  
Mismamente se páece á una fenefa  
de las que pintan ahora en los cafeses,  
con vivos modernistas.

—¡Desagera!

—¿Y la hinchazón que tiés en las narices,  
que se páecen talmente á una molleta  
de esas de Zaratán?

—Mira, Lisardo,  
si es que vas á estenderme ahora la cédula  
de vecindaz, avisa.

—¡Vaya un socio  
trayéndose algodones en la cresta!  
Como que es propiamente la armadura  
de una sandía grande de Valencia.

—¡Vaya una comparanza!

—No seas bruto;  
si es que no sabes tú cómo las llevan.

—En estuches de raso.

—No en estuches,  
pero entre paja y trapos van envueltas,  
y créeme que al verte no he encontrao  
cosa más parecida á tu sesera.

—Muchas gracias.

—¡Mecachis, las azmito  
porque sé que á tí nada te molesta,

y además que tú no eres el primero  
que lleva algún adorno en la cabeza!  
Ahora al grano, si quieres. ¿Estarías  
ayer de romería en la pradera,  
derrochando la mar de guasa verde,  
y sos divertiríais?...

—¿Qué? ¡la vértiga!

Fuimos yo y el Melecio y las señoras:  
la Justa y la Felipa.

—Cuenta, cuenta,  
y arrima el taburete pa estar cómodo.  
¡Tú! una rajas, un bollo y unas decas.

—

—Pos verás; nos larguemos á la ermita,  
llevando yo y Melecio las meriendas,  
que eran unas tortillas con patatas  
hechas ambas á dos por las parientas,  
que en eso de los guisos de fiambre  
hay muy pocas como ellas que lo entiendan.

—Soy testigo ocular.

—Además de eso,  
llevábamos el resto de la cena  
de la noche anterior, que eran dos cachos  
de escabeche con moje, seis galletas  
de Olivete, un pimiento y tres cebollas,  
un frasco de aceitunas de las negras  
y dos puros chipén.

—¿Pa tí y Melecio?

—¿Pa quién iban á ser?

—Chico, dispensa.

—Conque ¿qué te parece?

—¡Ni las bodas  
del señor de Camacho!

—Considera  
si cualisquier gachó podría darse  
pote y sastifación con tal menestra.

—Y vosotros.

—Pos fué tó lo contrario.  
Porque el Melecio se volvió tan pelma  
que se estuvo tirándome á la bimba  
tó lo que se encontraba en la pradera,  
y á veces me tiraba algunas cosas  
que no quiero nombrarlas por decencia.  
—¿Se enfadaría Justa?

—¡Sí enfadarse!  
Precisamente le animaba ella,  
tomándome de pito...

—Y tú ¿qué hicistes?  
—Me incomodé una vez, porque el mu bestia  
me atizó en la naríz con un chinarro  
que era casi más grande que una almendra,  
y principié á echar sangre. Dije cosas  
pa la familia de él algo molestas,  
y como si cantára.

—Por supuesto,  
que terminó la broma y no hubo juerga.  
—¡Si se pitorrearon!

—¡Anda la órdiga!  
—Como que pa alegrarme, mi parienta  
con la Felipa y el Melecio en medio,

me agasajaron con puños de yerba  
y me pusieron verde!

—Lo supongo.

—Después fuimos al baile de Romea,  
porque quíson la Justa y el Melecio  
lucirse dando diez ó doce vueltas.

Yo me fuí al ambigú, tomé dos tintas  
y me senté pa ver á las parejas  
las cosas que se hacían con el cuerpo  
al lánguido compás de una habanera.

—Pero, dí, la Felipa dónde estaba  
que no bailó contigo?

—¡Buena pécora!

Pos verás: me dormí como un cachorro,  
pero me despertó la trapatiesta  
que armaron los del baile. Llamé á Justa  
y me dieron dos palos de primera.  
Luego llamé á Melecio y me atizaron  
dos golpes en la nuca, que si apretan  
¡hablas con un cadáver!

—¡Vaya, vaya!

¿No llamarías más?

—Tú considera.

Si llamo á alguno más, yo creo, chico,  
que aquellos animales me escabechan.

—Pero ¿quién te pegó?

—Melecio y Justa,  
que tienen unas bromas que revientan.

—¿Y entonces te enfadastes?

—¡Toma tú éste!

A la Justa la puse como nueva  
(que ya vés que es difícil) y la dije  
ciertas cosas que son bastante feas,  
y á Melecio le puse como un trapo  
llamándole faltón y sinvergüenza.  
Se arranca y me pregunta por Felipa,  
yo no sé contestarle y vá y me increpa,  
llamándome delante de la Justa  
lo que pa tó marido es una ofensa,  
ya esté unido á su socia civilmente,  
ó ya, como Dios manda, por la iglesia.  
Me empalmo, me le apunto dos viajes,  
él madruga y me larga en la cabeza  
dos estacazos que me dejan lívido  
y se arma la primer marimorena.  
Llegan los guardias y nos llevan juntos,  
ataos codo con codo, á la delega,  
donde con unas formas escogidas  
á él y á mí los chichones nos nivelan,  
dejándonos el cuerpo como un guante.  
¡La tal pateadura ha sido de extra!  
—¿Y las hembras?

—Cualquiera hacía caso  
de lo que á tales golfas sucediera.  
Igual nos ha ocurrido ya otras veces  
y nadie se acordó de hembras tan perras,  
que son, al fin y al cabo, las culpantas  
de que en el mundo pasen las tragedias.  
—¡Bah, que sos divertísteis!

—Tú lo has dicho,

y supongo que no es que te guaseas.

¿Vas á decir que hubo hule? ¡qué mecachis, somos amigos y entre amigos queda!

—Tienes razón... y paga.

—¿Qué se debe?

—Son seis rajas, dos bollos, cuatro decas...

Noventa y cinco céntimos con todo.

—Pues toma y cóbrate de esa peseta.

—Ahí vá lo que le sobra: cinco céntimos.

—Oye tú, ninchi, guárdate la vuelta.



## DIOS DÁ PAÑUELO...

«Ayer fué hallado muerto en su habitación un individuo que se dedicaba á mendigar la caridad pública.

Al ser reconocida una vieja cómoda que había junto á la cama, el juzgado halló varios paquetes de monedas de oro y muchos fajos de billetes del Banco de España, representando una suma considerable.

Dícese que el finado tenía valores de importancia depositados en algunas casas de banca.

El infeliz ha muerto de hambre y miseria».

*(De un periódico).*

He leído en un diario,  
con asombro verdadero,  
que se ha muerto un millonario  
como muere un pordiosero.

A pesar de sus millones,  
el buen señor no comía,  
y entre arañas y ratones  
á obscuras siempre dormía.

Tapó, con grandes cuidados,  
las rendijas y aberturas,  
y á la puerta echó candados,  
aldabas y cerraduras.

Si cenaba, lo cual era  
una cosa que olvidaba,  
á la luz de la escalera,  
por ahorrarse luz, cenaba.

El *menú* de su comida  
era delicado y puro:  
merluza... ¡la más podrida!  
y pan... ¡el más negro y duro!

Bebía siempre con tino  
y no se embriagó jamás;  
pero no bebía vino,  
bebía agua nada más.

Con los vecinos no hablaba  
y eran sus maneras frías.  
Por no dar algo, no daba  
siquiera los buenos días.

Nunca mermó sus millones  
para adornarse con trapos,  
y eran sus ropas girones  
de mal olientes harapos.

El pobrecito imploraba  
limosna con triste acento,  
y de ese modo lograba  
tener para su sustento.

Al fin murió. Los ratones  
cerraron sus yertos ojos,  
y temblaron los millones,  
y bailaron los cerrojos...

—

Pudo hallarse su retrato,  
con el cual se comprobó  
que el pobre muerto era chato.  
¡Si ya lo decía yo!

¡Chato! Ya su proceder  
no me asombra, ciertamente,  
que un chato no puede ser  
nunca persona decente.

¿De qué el oro le ha valido,  
si hoy le comen los gusanos,  
y en las garras ha caído  
de golillas y escribanos?

¡Si era chato! En un negocio  
que por tierra ó mar emprendas,  
no busques chato á tu socio,  
sí de narices tremendas.

¡Oh, pluma, no te desmandes!  
mas ¿por qué, Dios justiciero,  
teniéndolas yo tan grandes,  
tengo tan poco dinero?

Vamos, que yo me rebelo  
al ver ricos infelices...  
¡Mecachis, Dios dá pañuelo  
á quien no tiene narices!



## LOS PRECEDENTES (\*)

---

Envidiosos, ó inconscientes,  
reclamaron precedentes  
los que así honrarle quisieron,  
aunque en vano resolvieron  
volúmenes y expedientes.

Si fué torpeza ó manía,  
aún no se sabe en el día,  
mas ¿no es de todos sabido  
que, como aquel, no ha nacido  
un poeta todavía?

No era el muerto diputado,  
ni tenía un entorchado,  
que es lo que priva en España,  
ni en su vida se dió maña  
para ser encasillado.

Era un poeta, un bohemio,  
que supo hacer el proemio  
de su historia en letras de oro.  
Él nos regaló un tesoro  
y le negamos el premio.

¡Indigna caricatura  
de España y de su cultura!  
Para enterrar á Zorrilla,  
siendo tan grande Castilla,  
nadie encuentra sepultura.

---

(\*) Escrita al morir don José Zorrilla. Recordarán los lectores que al ocurrir la muerte del ilustre poeta, gloria de España, una autoridad de la corte se opuso á que fuesen tributados ciertos honores al gran Zorrilla ¡porque no existían precedentes!

Él dió á su patria esplendor,  
él fué el mejor trovador  
de todos los trovadores,  
y se le niegan honores  
á quien nos dió tanto honor.

Cuando niños, le leímos  
y sus cantos aprendimos  
y sus versos declamamos;  
con él, si lloró, lloramos;  
con él, si rió, reimos.

. . . . .

Y una pueril etiqueta,  
que el talento no respeta,  
dió así su voto rastrero:  
—Solamente era un poeta.  
¡Si hubiera sido un torero!...

~~~~~

NOTAS DIPLOMÁTICAS

Mala era la carabina,
mas ardiendo en amor patrio
Ambrosio, no duda un punto
y se la ofrece á un soldado,
de esos que van á Melilla
á vengar nuestros agravios
y á demostrar al rifeño
que aún vive el león hispano,
á cuyos fieros ruidos
muchas naciones temblaron.

Presente era de un patriota
la carabina, y dudando
entre si darla al olvido
ó llevarla, por si acaso,
—aunque el tal chisme era un chisme
roñoso y desvencijado,—
el soldado echó adelante,
colgándosela del brazo,
dando un adios á la patria
y un saludo á sus hermanos.

La espada era vieja y fea,
mas el bueno de Bernardo,
en un patriótico arranque,
vá y se la ofrece á un soldado,
de esos que van á Melilla
llenos de hermoso entusiasmo,
á defender nuestro suelo,

que los moros ultrajaron,
y á demostrarle que aún ruje
potente el león hispano.

Aunque mellada y roñosa
la tal espada, pensando
entre si darla al olvido
ó llevarla, por si acaso,
al cinto el soldado la echa,
vanidoso del regalo,
y puesto sobre la silla
de su brioso caballo,
dá al fin un viva á la patria
y un saludo á sus hermanos.

Si á las cábalas políticas
nuestra atención aplicamos
y no damos al olvido
los embrollos diplomáticos,
es probable que resulte
lo que algunos han pensado,
pues existe quien afirma
que se están utilizando
la carabina de Ambrosio
y la espada de Bernardo.

LA MISERIA Y YO ⁽¹⁾

I

.

Me levanté temprano.

Aún no recuerdo
por qué dejé la cama á la hora aquella,
—cuatro de la mañana y diez minutos,—
cuando es hora en que á mí no me despiertan
ni el armónico ruido de los carros,
ni la armoniosa voz de la lechera,
ni el grito cadencioso
de las pulcras y limpias sardineras
que vuelven loco al nuncio con su —*¡viiiiva,*
viivita la sardina... ¡viva y freeesca!
Pero me desperté.

Y observar pude,
con aire de tristeza,
que aún daba luz la ténue lamparilla
colocada en la mesa,
aunque el *cric-cric* continuo me anunciaba
que aquello iba á llevárselo Pateta.
Al oscilar la llama, en las paredes
se dibujaban, en la sombra envueltas,
las espantables y variadas formas

(1) Espronceda, en su canto *A Teresa*, decía que, como era un desahogo de su corazón, podía saltarle el que quisiera. Como los genios coincidimos algunas veces, imito á Espronceda diciendo:—Salte estas líneas el que no quiera leerlas: porque también son un *desahogo*.

de una legión de brujas—vulgo suegras—
con sus narices de tamaño enorme,
con su cara huesuda y granujienta,
con sus ojos de buho
y su figura desgarbada y negra,
que sobre escobas iban á horcajadas,
dando rápidos saltos y piruetas,
mordiéndose furiosas y apiñándose
en montón de pingajos, que semeja
batalla horripilante de fantasmas,
ó bacanal de histéricas.
Y dió el último *cric* la lamparilla.
Abrí el balcón.

El sol, en su carrera,
deslumbrante asomaba su faz rubia,
al viento dando sus doradas crenchas,
y, disco rutilante, iluminaba
el sublunar planeta.
(Si esto no es poesía,
que venga el dios Neptuno y que lo vea.)
Pues, señor, me vestí... Si es que vestirse
es ponerse un chaleco, una chaqueta,
un pantalón á cuadros y un sombrero,
que todo ello no vale diez pesetas.
Y á la calle salí.

Pura la brisa,
mis pulmones ensancha y de aire llena,
y aspiro, cada vez con más deleite,
la vida que se me entra,
dando vigor á un cuerpo combatido

por la dura faena
de un trabajo que mata y aniquila,
y que consume las gastadas fuerzas.
¡Y aún dicen por ahí que es el trabajo
una virtud sublime, ley suprema,
el bienestar común igual á todos
y que igualmente á todos interesa!
Pero ¿quién habla así? ¿quién eso dice,
que es de los pillos obligado tema?
Unos cuantos malditos holgazanes
que en coche se pasean,
y sostienen queridas, y dan timos,
y no pagan la renta
al paternal casero bondadoso,
y viven en salvaje independencia,
mientras nosotros, á la noria uncidos,
de la noria tiramos como bestias...
¡Así les parta un rayo por el medio
y un pedrisco les deje sin hacienda!
Al caso.

Y es el caso, mis lectores,
que con mis huesos dí junto á una céntrica
y hermosa *instalación* de langostinos,
pollos asados y otras menudencias,
y allí ví á una mujer, enclenque y pálida,
en el dintel de la entornada puerta,
que era, más que mujer, lívido espectro
de forma cadavérica,
angulosa la cara, el cuerpo flácido,
las manos sin color, largas y secas,

jadeante, angustiosa,
y de sucios harapos mal cubierta.
Me tapé la nariz (porque, á Dios gracias,
la tengo de las buenas),
y—Usted ¿quién es?—la dije, y contestóme
con sepulcral acento:—¡La Miseria!
—¿Conque es usted la... ¡choque usted esos huesos!
¿conque usted?... ¡pues apenas
si la conozco yo, señora mía!
Si debí saludarla no más verla,
porque usted y este vate hemos corrido
juntos algunas *juergas*,
de esas en que en la casa de los pobres
hay días que la lumbre no calienta,
y se anda á puñetazos con el hambre,
y el vientre es un tambor que á nada suena,
y el pan, de tanto y tanto como sube,
á las nubes se eleva,
y el despótico estómago maldito
telarañas y polvo sólo encierra!
¿Conque es usted... ¡qué digo! ¿eres tú misma
la miserable y cínica harapienta
que, con tenaz empeño,
visita del obrero las viviendas,
y, en vez de pan, desolación y espanto
en las familias deja?
—Pero ¿quién eres tú para quejarte
así de la Miseria?
¿No vistes como visten los burgueses?
Y tus manos ¿acusán la crudeza

del que anda entre la cal al aire libre,
ya en verano en que el sol calcina y tuesta,
ya en invierno en que el frío crudo y seco
al más valiente hiela?

—Hablaré cuando á tí, bruja maldita,
se te acabe la cuerda.

—Habla, ya terminé.

—¿Conque te causan
mis frases extrañeza?

Pero ¿no ves que yo —y el yo perdona—
pertenezco á la prensa,

y no hay un periodista en estos tiempos
que tenga en el bolsillo dos pesetas,

y andamos por ahí con el permiso
del *barrunta*, que llaman en mi tierra?

¿Que visto como visten los burgueses?

Aquí la ropa es todo, y se tolera

que seas un granuja y un bandido,

y que no tengas limpia la conciencia,

antes que te presentes sin corbata,

sin guantes y chistera.

¡Yo burgués! ¿O quizá tú participas

de la vulgar y estúpida creencia

de que los que gastamos un sombrero

pertenecemos á encumbrada esfera,

y fumamos cigarros imperiales,

y cobramos cupones de la Deuda?

¡Sí cupones! Coraje y mucha bilis

es lo que aquí nos queda!

Y ¿que no tengo callos en las manos?

Los callos salen donde carne encuentran,
pero ¿qué quieres que en mis manos salga,
sino es algún plantío de mimbreras,
ó algun manojó de nudosos palos,
ó un látigo de tiras de vaqueta?

¿No vés que las dos manos, aun cruzadas,
ante la luz del sol se transparentan?

..No lo dudes; tú y yo nos conocemos
desde muy larga época.

Por eso te tuteo, porque tú eres
casi mi hermana, escúalida Miseria;
y como quiero que me cuentes algo
de tu misión actual en el planeta,
vamos adentro y toma lo que gustes.

—¿Te conocen ahí?

—¡Pues bueno fuera!

Pero ¿no sabes tú que donde guisan,
estamos casi siempre los poetas?

—¡Tú poeta!

—¿Lo dudas? Aquí todos
tenemos algún álias por contera
y le llamamos vate á cualquier Pérez
que componga ó que plágie algún poema.
He dicho.

—Y puedes apuntarte quince.

—Conque si quieres, entra.

—Dáme el brazo, que estoy desfallecida
y no tengo segura la cabeza.

—Apóyate en el mío y no te pinches.

—Vamos, pues, donde quieras.

II

Abrí de par en par con gran estrépito,
la ya entornada puerta,
y el dueño, al observar nuestro pelaje,
torció el gesto, nos puso cara fea,
del enorme perrazo que allí tiene
desató la cadena,
avisó á dos *guindillas*, y á la llave
del cajón de los cuartos dió dos vueltas.
¡Vaya una confianza, caballeros,
que inspira en todas partes la Miseria!
Pedí, con gran medida, un gabinete,
y me indicaron uno de la izquierda.
Nos metimos. El mozo en este instante,
nos alargó la lista. Mi pareja
á elegir comenzó, plato tras plato,
y, por prestarla ayuda en la tarea,
al mozo le previne que viniese
un ratito después. Cerré la puerta.
Me abalancé á la lista, y con el cuadro
la dí á la tía un golpe en la cabeza
«*pa* que se comprimiese una mijita»
y no fuese á ponerme en evidencia.
—Escúchame. Tú puedes pedir todo
cuanto se te apetezca,
pero si pides más de un par de huevos
y una media botella,
te atizo, como lo oyes, seis ó siete
golpes con la banqueta.

¡Camarero... volando! A esta señora
sírvela lo que pida y lo que quiera.—
...Ví que el mozo marchábase bufando,
aunque poco después dejó en la mesa
el par de huevos, la botella chica
y unos cuantos palillos: ¡dos docenas!
Se permitía el lujo
de tomarla los bucles á la vieja.
Terminado el festín y, previos varios
eructos de mi digna compañera,
ésta comenzó á hablar amargamente
y dijo de este modo:

—En esta tierra
ya no hay más que bribones y canallas
nacidos en la escoria y en la...

—Espera.
Me parece que, acaso sin notarlo,
te has debido guardar la servilleta.
Suéltala y continúa.

—Los hipócritas
son dueños de personas y de haciendas,
y la usura destruye las industrias,
y en todas partes la mentira impera.
El monopolio del honor lo explotan
señoras de doublé que en otras épocas
tocaban el piano en la cocina
y llevaban pañuelo á la cabeza,
y por eso, sin duda, porque el mundo
ha dado muchas vueltas,
hoy la virtud más fuerte ya no vale,
incluso la propina, dos pesetas.

¡Todo es ágio, chanchullo, fango, cieno,
podredumbre y vileza!..

—Óyeme y pára el carro. Si es que sigues
contándome tragedias
y lúgubres relatos, te abandono
en brazos de Pucheta,
porque todo eso es...

—Basta, no lo digas.

—Me coso, pues, la lengua.

—Mi estado, como ves, es tan precario
que mis pobres vestidos te revelan
le terrible verdad de las catástrofes
del hambre y la miseria.

¡Oh, la lucha del hambre! Tú no sabes
los episodios que hay en las viviendas
donde se vé el mantón junto á la blusa
y no hay lumbre, ni pan, ni luz siquiera.
La madre, que en la cuna mece al niño,
ya en sus senos escuálidos no encuentra
ni una gota del jugo que es la vida
del ángel por quien vela...

Ni un mendrugo de pan, ni una limosna
esa madre infelíz de nadie espera,
con que saciar el hambre que la mata
y aniquila sus fuerzas.

El marido, entretanto, loco de ira,
busca trabajo y pan, mas vé que llega
la noche con sus sombras, sin que logre
conquistar lo que anhela:

¡un pedazo de pan para aquel niño
que muere entre dolores y tristezas!

Después, en el silencio de la noche,
cuando ejercen su influjo las tinieblas,
en la pobre bohardilla del obrero
se desarrolla una terrible escena.
—¡Quiero pan!—grita el niño, que á los rudos
golpetazos del hambre se despierta,
y—¡quiero pan! —repite en ese tono
casi dictatorial de la inocencia.
La madre llora lágrimas de fuego
y al pobre niño, inconsolable, besa;
el padre ruje, como ruje el tigre
que han herido en la selva,
y desgarrá su carne con las uñas,
y sus miembros golpea...
¡Todo inútil, el héroe ha caído
y en vano ha de luchar con su impotencia!
¿Has visto tú algún cuadro más terrible?
—¡Ah, maldita Miseria!
A tí, por lo que veo,
se te ha subido el vino á la cabeza,
y si sigues así, yo te aseguro
que á una casa de locos vás derecha.
—Déjame concluir, si te parece.
—Desembucha, hija mía, lo que quieras.
—¡Ay si algún día subo á los alcázares
y en los palacios mi rencor penetra!
Entonces...
—Mira, entonces
te dán en las narices con la puerta.
¡Tú en los palacios!
—Óyeme con calma.

¿Crees tú que sería la primera
vez que en la altura paseé triunfante
mi túnica harapienta?
¡No! Que la historia en sus brillantes páginas
más de una vez relata mis proezas.
Los que antes eran ídolos,
fueron luego pingajos de plazuela,
y los que hoy encumbrais á las alturas
serán después residuos de la espuerta.
Pese á quien pese, en todas las naciones
domina mi influencia,
y del hambre á los gritos han de alzarse
algún día los pueblos de la tierra,
como legión de hambrientos, irritada,
que aniquila y destruye, mata y quema,
sin que haya contra todos dique alguno
que su empuje contenga;
¡que el hambre, si se exalta y se desborda,
abstáculos no vé, diques no encuentra,
y hasta que no se sácia con hartura
no dá por terminada su faena,
ni créa que está su justa y soberana
venganza satisfecha!
¿No ves que yo presido en las regiones
que eran ayer emporios de riqueza
y hoy son yermos estériles, llanuras
que no fecunda el agua y el sol seca?
¿No ves que en los talleres y en las fábricas
donde el trabajo la alegría era
de innúmeras familias,

el abandono y el silencio reinan,
ni se oye el trepidar de los motores,
ni el ruido del volante se oye apenas,
y tejen las arañas en los grandes
y vacíos depósitos su tela?
Los campos, ayer fértiles,
hoy están en terrible decadencia,
pues no hay brazos que guíen el arado
ni la lluvia prolífica les riega,
que aunque tenemos agua, no hay canales,
y los brazos se ocupan en la guerra.
La agricultura muere como mueren
los pobres del asilo: por anemia;
falta de sangre, de calor y vida,
recargada de arbitrios y gabelas,
á cuya sombra algunos sacamantas
los bolsillos se llenan.
¡Oh, el hambre!

—No prosigas, porque veo
que te voy á romper con la botella
esa nariz de bruja.

—¡Muchas gracias!
De forma, pues, que á tí no te interesan
las desgracias del pueblo?

—Pára el burro.
Me interesan muy mucho y más de cerca
que á tí quizás, pingajo, pero observo
que tú eres como muchos sinvergüenzas
que con discursos hueros nos prometen
arreglar el país. Y no se arregla

sino es con los fusiles en la calle
y al grito de...

—¡Muy bien! Ese es mi lema.
Pero ¡calla! Parece que óigo gritos
ahí, en la calle...

—¡Y los comercios cierran!
—¿Qué ocurre?

—¡Nada! Cuatro mil obreros
que se agrupan detrás de una bandera
que tiene esta inscripción: *Pan y trabajo*.

—¡Pues á ver quién resuelve ese problema!

—Me voy á acompañarles.

—¡Buen apoyo!

—Adios, ¡primo!

—¡Salud, señá Miseria!

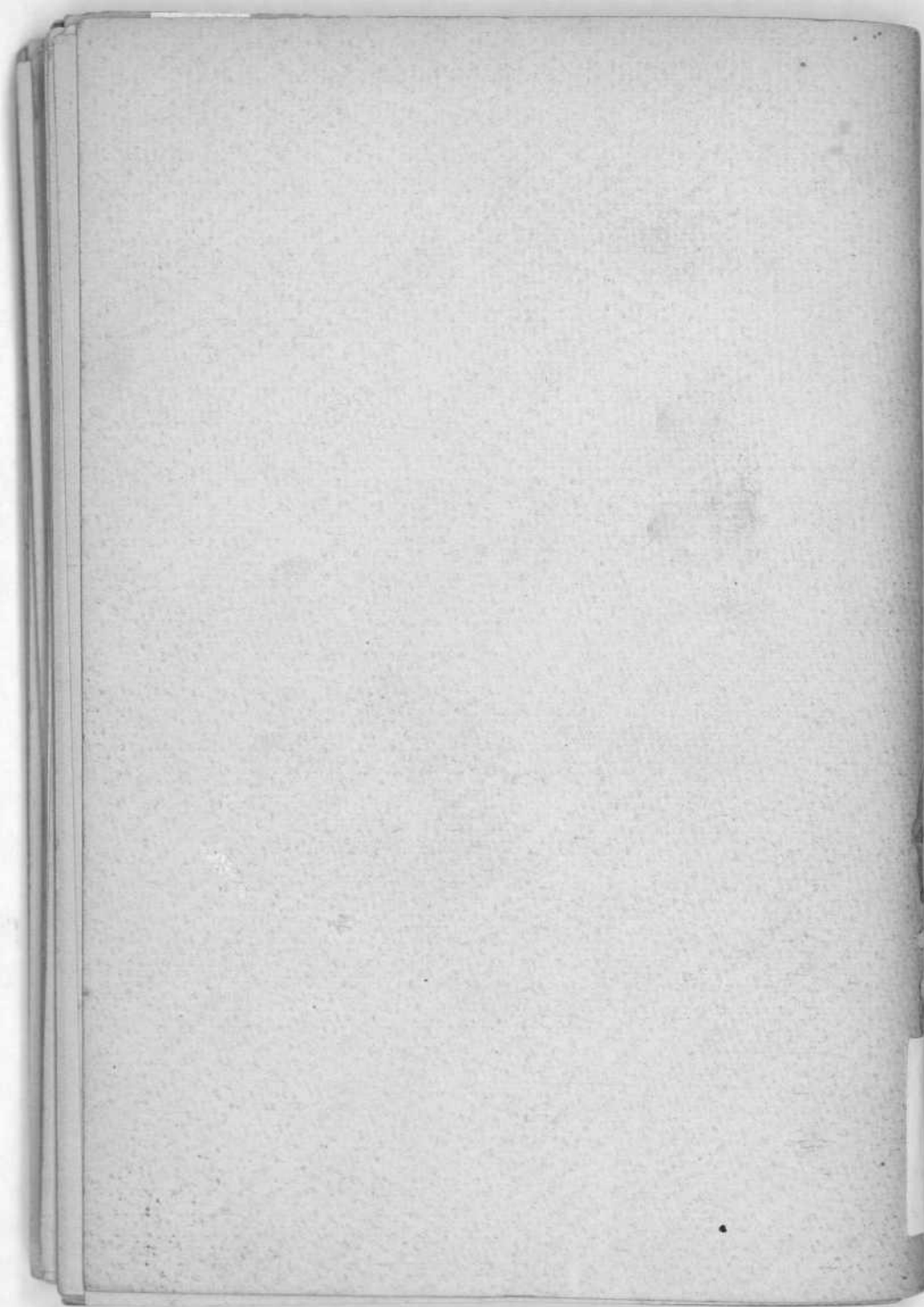


ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Sépase.....	5
Pequeñas traiciones	6
Los ilusos.....	8
Distingue, Teótimo.....	9
El gorrión y el cuervo.....	10
Mi protesta.....	13
Canas gloriosas.....	14
Baile de máscaras.....	15
El más bruto.....	17
Sangre azul.....	18
Quiquiriquí.....	20
Los asalariados.....	23
A mi amigo Judas.....	25
La raza, eh?.....	26
Así es.....	27
A Manolo.....	28
¡Pobre hortera!.....	29
A un falderillo.....	30
La cosa está que arde!.....	31
El siglo XX.....	33
El último trance.....	34
El fondo del tintero.....	38
Corona de talco.....	39
...y armas al hombro.....	41
Tu mamá y tú.....	44
Ciertas alturas.....	45

¡Protesto!.....	47
Un mal soneto.....	49
Amar á Dios y.....	50
Burbujas.....	52
Mesa revuelta.....	56
Dos fases.....	60
Rebeldía.....	61
De verbena.....	63
La huida.....	65
La bandera de mi patria.....	66
Las modistas de mi tierra.....	69
En la romería.....	71
El que quiera peces	77
Los sistemáticos.....	79
La gente de mi barrio.....	84
Dios dá pañuelo.....	90
Los precedentes.....	93
Notas diplomáticas.....	95
La Miseria y yo.....	97





G 49747

